

SUSCRIPCIONES

Valdepeñas, trimestre. 1,00
Provincias, semestre 2,50

ANUNCIOS: precios convencionales

20 ejemplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.

JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales

Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

EL CANTO DE LA CODORNIZ

Era una tarde fría y triste del atrevido invierno; una tarde, fría, muy fría, como el soplo de la muerte; triste, muy triste, como la orfandad y la vejez.

El cielo, envuelto por densa y cenicienta niebla, estaba plomizo y gris; apenas se distinguían los objetos, oscurecidos como el paisaje con tintas de sombría tristeza, de infinita melancolía.

Un aire imperceptible y fino, seco y penetrante, sutilísimo, azotaba el rostro amoratándolo y se filtraba en los pulmones en oleadas de muerte.

Antonio, á pesar de lo «duro» del tiempo, como dicen los marinos cuando en alta mar se desencadena furioso y persistente temporal, paseábase ligero, inquieto y nervioso, por las amplias galerías de su casa, como movido por fuerza irresistible, imperiosa.

En su rostro, sereno y tranquilo pero triste, y en sus ojos, grandes y hermosos pero bajos, siempre mirando al suelo en actitud reflexiva, como si meditara algo serio y hondo, leíase grave y profunda preocupación.

De vez en cuando, como detenido por resorte suprahumano, misterioso, Antonio, sin cuidarse para nada del tiempo que hacía, parábase de repente y aplicaba su oído con febril ansiedad á la puerta de una sala, de donde salían y se escuchaban claramente ayes que morían en un pecho con los dolientes acentos de su voz, gemidos del sufrimiento, los estertores de la agonía y de la muerte.

En una de las ocasiones que Antonio, con mirada más inquieta y más viva ansiedad, puesto de puntillas para no meter ruido, y con el oído atento se quedaba como inmovilizado en la puerta, percibiendo cada vez más apagado y lúgubre el eco de la doliente voz, el sol, tímido y encendido, como rostro de colegial, envió un rayo, aunque débil y apagado, de su radiante luz.

—Es la esperanza—se le oyó murmurar. Y continuó su paseo, más inquieto y precipitado, más vertiginoso y febril.

* *

Todo volvió á quedar lo mismo. El sol, oculto; sombrío y misterioso, triste y melancólico, el paisaje; en la sala, cada vez más ténues é imperceptibles, los ecos de la doliente voz; y el aire, frío y seco, zumbaba, zumbaba al oído, rasgaba la carne, amorataba el rostro y se filtraba en los pulmones en oleadas de muerte.

—Era una virgen se le oyó murmurar á Antonio en un rápido paseo. Una virgen, pura como las notas de dulcísimas arpas, arrancadas por los

dioses, como la alba aurora, como la sonrisa de un ángel....

Sus contornos delicados y puros, sus formas armoniosas y bellas, sus líneas correctas y artísticas, parecían moldeadas por Frídias. Eran el clasicismo griego; la expresión de la belleza y de la gracia. Ahora.... ¡Ay! y Antonio no pudo terminar la frase; oyó primero y percibió después un ligero estremecimiento, un débil y triste suspiro, un apagado y doliente gemido; corrió á la habitación; lanzóse sobre el hecho; cogió entre sus brazos un cuerpo inanimado é inerte; un beso intenso, sonoro, vibrante, resonó en la estancia y un ruido seco, como cuerpo que se derrumba y cae, se percibió claramente.

La «Virgen» que Antonio llamaba, había muerto. Era su madre.

* *

Otra vez surgió el sol, pero esta vez más puro radiante, más hermoso. Y al mismo tiempo que el ástro rey descendía majestuoso por un cielo límpido, azulado y sereno, á ocultarse tras un bosquecillo de olivos, una codorniz, que Antonio tenía en su casa, empezó á dar notas vibrantes, sonoras, como arpeggios cadenciosos y rítmicos, que sonaban á armonías celestiales, embriagadoras, como el zumo de la vid.

El *guan-pa-na* resonante de la codorniz anunciaba la primavera, la vida, la eterna renovación, la eterna juventud, la eterna belleza y hermosura de la madre inagotable y fecunda: la Naturaleza.

VOCES AMIGAS

I

Voces amigas, recuerdos de lejanas ilusiones, voces amigas que vienen á consolar los dolores.

Bandada alegre de pájaros, dulce bandada de sonos que daís música á la pena que mata los corazones.

Voces amigas, divina bandada de ruiseñores, pájaros de la mañana que consoláis en la noche!

Recuerdos, tanta dulzura tiene el sonar de tus voces, tanta paz regala al alma la placidez de tus sonos, que el corazón dolorido oyendo tus dulces voces dice: ¡cuán dichoso era, cuán dichoso era yo entonces!

Y recordando su dicha

casi mata sus dolores como las estrellas matan la negrura de la noche.

Voces amigas: querida voz de la ilusión insomne, de la infancia mariposa, de los tímidos amores

primeros, que se enamoran de niñas tristes y pobres que tienen ojos azules que miran al horizonte...

Voces amigas: lejana voz de las dulces canciones que oíamos adormidos después de las oraciones!

Voz de la aldea, cantares de la montaña, ruidos del río... ¡qué bien cantaba la voz de aquellos pastores!

Voces amigas: bandada divina de ruiseñores, dad vuestros dulces ruidos á los pobres corazones.

¡Qué triste el que tenga el alma sin recuerdos, sin rumores de voces amigas... muda en un silencio de noche!

II

Tu voz es una inocente voz primaveral, Lucía: voz fresca, voz de alegría, voz del agua de la fuente.

Voz que dice la inocencia de tus ojos virginales, la dulcísima vehemencia de tus sueños pasionales,

y el encanto cristalino de tu canto ensoñador que es un pájaro divino de una música de amor.

Tu voz es una adorada y dulce modulación de esa melodía alada que sueña en tu corazón.

Tu voz es tu sentimiento, es tu paz y tu ternura y la inefable dulzura de tu triste pensamiento!

Toda luz resplandeciente cuando ríe, como nota de la fuente que horbota al amanecer riente.

Toda triste encantamiento cuando suspira, lo mismo que la voz de un pensamiento herido de misticismo.

Y toda ruido de plata cuando suena platicando con un ritmo lento y blando de primaveral sorata.

Oír tu voz es oír un inolvidable son de luz y ensueño, y sentir la voz de tu corazón.

III

Las campanas, las cristianas campanas, tocan á gloria...

Las campanas aldeanas volteando soberanas en cascada giratoria con alegre vocerío, atruenan el campanario y esparcen en el vacío convocando al vecindario las voces de su albedrío.

Está la iglesia más blanca, más callada y más bonita!... Una iglesia ingénua, franca, reluciente y pequeñita: está la iglesia más blanca que una azucena bendita!

Las campanas, las cristianas campanas, tocan á gloria... ¡cómo suenan las campanas!

¡Oyes que tocan á gloria?... La voz de Jesús nos llama... ¡Vamos!... que tocan á gloria para el corazón que ama!

Hay un olor de azucena en el altar de María... La Virgen llora de pena! La dulce Virgen María está transida de pena!... ¿Por qué lloras, Madre mía?

Hay en cada corazón una oración de cariño, una muy dulce oración: cada mujer, cada niño tiene lleno el corazón de música y de cariño.

Y en el altar de María qué bien que huele á azucena! Está la capilla llena de las flores de María! El órgano santo suena, y sube la melodía á Jesús... La Virgen buena llorando está de alegría!

IV

Voz de los muertos! ¿Qué oído no tiene el dulce recuerdo de una voz que ya no existe? No hay voz querida sin eco!

Los pobres muertos están mudos en el cementerio bajo el sol de oro de Mayo y en las noches del invierno;

pero siempre hay en el alma un dulcísimo recuerdo de voces muertas, de voces que ya sólo tienen eco!

Ay! si las voces extintas volvieran y las oyésemos! ¿Qué música más querida que oír una voz de nuevo?

De las lejanas aldeas en el blanco cementerio, hay tal silencio de voces que no hay más dulce silencio;